



Nuestros dos aventureros, Miguel y Alicia, siguen en la brecha sin desfallecer.



RUTA DE LOS EXPLORADORES OLVIDADOS: SUDÁN

El barco del terror

Sudán es un gran desconocido. Hasta hace poco, el país más grande de África, con dos millones y medio de kilómetros cuadrados y más de 40 millones de habitantes. La reciente secesión de Sudán del Sur ha reducido estas cifras, pero no la sensación de cruzar una frontera definitiva.

■ MIQUEL SILVESTRE

El paquebote que una semanalmente la ciudad egipcia de Asuán con Wadi Halfa va hasta los topes. El gentío trata de hacerse un hueco en cubierta o en los salones. La puerta de acceso es pequeña. Son cientos los que quieren entrar a la vez con toda su impedimenta. Viejos, niños, mujeres, jóvenes, maletas, cajas, bolsas, alfombras, bicicletas. Gritos, sudores, empujones, maldiciones... Dos letrinas para 700 personas y 20

horas de navegación por delante. Resulta tan surrealista como terrible. Pero esto es África y no una postal. He descubierto el secreto mejor guardado del barco. Se puede salir a proa por una puerta al final de un pasillo. Por la noche subimos a la cubierta del puente de mando. La navegación es calma y sobre nosotros se dibuja la más nítida Vía Láctea. Es asombrosa esta pureza. Mirar el cielo africano me proporciona una razón para estar haciendo lo que hago. Ante tamaña

inmensidad se difumina todo lo demás y hasta el agua que anega los inmundos retretes me parece que no es más que un poco de Nilo fuera de su sitio.

Wadi Halfa, agujero negro

Las motos viajan en un lanchón cuyo motor se ha averiado. Tenemos que esperar indefinidamente en Wadi Halfa, un moridero donde no hay nada que hacer salvo beber té. Este villorrio no revive hasta el anochecer. Entonces, una animada multitud

surge de no se sabe dónde y se sienta en sillas de plástico para ver la televisión. Cenamos lo que haya: pollo o cordero y ni una maldita cerveza. En Sudán impera la ley seca islámica.

El Nilo, herida fértil en la nada absoluta

Las motos llegan después de cinco días de ansiedad. El desierto nos acoge. Por fin, el camino. El horizonte es infinito, glauco, abrasador. El calor supera los cuarenta grados.

El asfalto reverbera. Apenas nos cruzamos algunos peatones. La gente de este secarral parece consumida en su propia oscuridad. Delgados y fibrosos, se disuelven en el blanco de sus chilabas. Da la impresión de que si resisten un poco más al sol se harán cenizas y sólo quedará de ellos sus largas y niveas vestiduras. La ruta va paralela al Nilo. Aquí sí que es milagroso este gran río. Una brecha verde en el páramo inmenso. Las palmeras brotan alegres a todo lo



En la vieja Dongola me dirijo hacia un antiguo fuerte medieval. 'Atrevida' queda encallada en la arena, pero el objetivo lo alcanzo a pie.



Esto es lo único que queda de una vieja iglesia de adobe en Makuria. El color ocre domina.

La ruta por Sudán va paralela al Nilo. Los locales se apiñan en esta poca tierra fértil construyendo sencillas casas de adobe.

largo y los sudaneses se apiñan en esta poca tierra fértil construyendo sencillas viviendas de adobe. El espectáculo es de una gran belleza. Es primitivo, pobre, terrible, pero real. Tan real como hace miles de años, cuando este territorio fue el solar del legendario reino de Nubia, citado en la Biblia como Kush.

El reino de Nubia y el oro del desierto

Situado entre la primera y la sexta catarata del Nilo, su relación con Egipto fue siempre estrecha, y no pocas veces también conflictiva. Los faraones conquistaron Nubia en diversos momentos de la historia, aunque los nubios se vengaron conquistando Egipto bajo su 25ª dinastía. Hubo varios faraones nubios y tropas de élite nubias al servicio de los egipcios. Para mediados del Reino Nuevo es

difícil distinguir una cultura de la otra, ya indisolublemente mezcladas. Nubia era la principal fuente de oro de Egipto. Aún hoy se sigue buscando ese tesoro en minas a cielo abierto. Las encontramos a ambos lados de la carretera. Un enorme campamento de plástico acoge una multitud de mineros que chapotean en charcos. Nos miran asombrados. No saben quiénes somos ni qué hacemos. Por aquí no pasan turistas, sólo las astrosas pick-ups que los acarrearán de un lado a otro de esta olvidada villa miseria.

Old Dongola

Nubia desapareció en el 350 de nuestra era al ser invadido por un rey etíope. Surgieron tres pequeños reinos. Al norte, Nobatia, entre la primera y segunda catarata; al sur de

la sexta, Alodia; en el medio, Makuria, con capital en Dongola, que a partir del siglo VII fue poder dominante en la región con fuerza suficiente para resistir al invasor árabe que conquistó Egipto. Tras la firma de un tratado, Makuria, unida a Nobatia, mantuvo su independencia y religión cristiana hasta el siglo XIV. La islamización fue sin embargo imparable. Primero mediante los comerciantes y luego mediante los guerreros. Los mamelucos de Egipto invadieron la región y el misterioso reino de Makuria desapareció tragado por la historia y la arena sin apenas dejar más rastro que las despanzurradas ruinas de una iglesia de adobe. La arena se lo traga todo en cuanto sales de la carretera. Quiero visitar la vieja Dongola y es como sumergirme en un océano de cuarzo molido. Yo me manejo bastante bien a pesar de ir tan cargado gracias a los TKC 80 y a los



Cargada hasta los topes, 'Atrevida' sigue al pie del cañón sin incidencias.

A ambos lados de la carretera encontramos campamentos de plástico donde los mineros buscan oro.

amortiguadores TFX hechos a mi medida en Holanda; pero Alicia sufre mucho. Rema, suda, avanza a paso de tortuga. Sin embargo, no ceja. Sigue y sigue asfixiada de calor y amor propio. Cuando conseguimos llegar a una aldea, aparece la policía. Tenemos que ir al cuartelillo a explicar quiénes somos y qué queremos. El oficial que nos atiende enseña sus dedos desnudos debajo de la mesa. No informa de que si queremos visitar las ruinas debemos pagar cincuenta libras. La senda a la ciudadela se empuja. Es una montaña de material deleznable que atraparé a la pesada BMW, pero aun así acelero. Me detendrá el polvo, no la falta de voluntad. Cuando las ruedas encallan, descabalgo y prosigo a pie. Llego a la cúspide, donde se erige un viejo fuerte medieval. A lo lejos, el desierto inacabable, ocre, terrible y

eterno. Al otro lado, el cauce fluvial lleno de vida. Bajo mis pies, la historia de Makuria. Lo he conseguido. Una meta más. He sufrido remontando el Nilo y tragando polvo para acabar dominando otro montón de nada que quizá sólo a mí me importe.

Las pirámides de Meroe

Los faraones nubios fueron desplazando sus capitales al sur a medida que fuerzas invasoras provenían del norte. En el 800 a.C., presionado por los asirios, el reino de Kush se trasladó a Meroe, a tan sólo 230 km de la actual Jartum. Allí se fortificaron. Estrabón menciona la victoria en combate de los arqueros nubios de Meroe sobre los legionarios romanos. Aunque mantuvieron muchas costumbres heredadas de Egipto, desarrollaron especificidades



En el paquebote que va a Assuán el hacinamiento de los pasajeros es tercermundista, nunca mejor dicho.



propias, como un alfabeto escrito que supuso el abandono de los primitivos jeroglíficos. Hoy se pueden visitar sus afiladas pirámides, que aunque quizá no puedan competir en magnificencia con las egipcias, sin duda las superan en soledad. Aquí no hay nadie más que nosotros y el polvo omnipresente.

La confluencia de los Nilos

Jartum es una urbe de cinco millones de habitantes fundada sobre la confluencia del Nilo Blanco, que nace en Uganda, y el Nilo Azul, que lo hace en Etiopía, cuyas fuentes fueron descubiertas en el siglo XVII por nuestro explorador olvidado Pedro Páez. Nos recibe el populoso barrio de Ondurman. Aquí viven los pobres y aquí está enterrado Mohammed Ahmed, quien se autoproclamó Mahdí. Sus seguidores derrotaron a las tropas del gobernador inglés Gordon en una de las más infamantes derrotas que jamás haya

Por casualidad, entre Wadi Halfa y Dongola, pegado al Nilo, encontramos este mausoleo de una familia rica (en términos de Sudán, claro).



Un descanso bajo la tenue sombra de una acacia, el árbol más habitual de la sabana africana.



El sol se filtra por los ventanucos del mausoleo de adobe, ese que encontramos por casualidad entre Wadi Halfa y Dongola.



En las pocas carreteras asfaltadas que encontramos, éste es el aspecto habitual del paisaje, una cinta negra rodeada de nada.



El duro sol del desierto no deja crecer nada en esta zona. La sensación de soledad es terrible.

INFORMACIÓN PRÁCTICA

Visado obligatorio

En la embajada sudanesa de El Cairo se puede obtener pagando 100 \$. Es necesario registrarse en la policía en tres días. Cuesta 115 libras sudanesas y un largo rato de espera.

Para la moto

Carnet du passage expedido por el RACE.

Moneda

No funcionan las tarjetas de crédito. La divisa reina es el dólar. La libra sudanesa tiene un cambio oficial de 1 a 2,7. En el mercado negro se paga entre 3,6 y 3,9. Se puede obtener mejor ratio cambiando billetes de alto valor. Los rasgados no se aceptan.

Dormir

Salvo en Jartum, donde hay hoteles dignos de ese nombre pero caros, lo único que se pueden encontrar son pensiones llamadas *lokandas*. La mayoría tiene baño compartido consistente en una placa turca sobre la que hay una alcachofa que a veces suelta agua. Es común que antes de entregar las llaves exijan una autorización policial de alojamiento.

El mejor consejo para *overlanders* es acampar de modo libre. No obstante, algunas recomendaciones son:

Wadi Halfa: Hotel Kilopatra. 40 libras la habitación doble.

Dongola: Lord Hotel. 35 libras la única habitación con baño.

Jartum: Camping National Camp Resort.

Comer

En las poblaciones ribereñas, pescado del Nilo. En el interior, cordero y falafel.

Sorprende la modernidad de algunas construcciones, como la catedral copta en Asuán.

Sólo nos dejan acampar donde el sol imparte dura justicia, pero es algo que solventaremos mañana. En África siempre se puede recurrir a mañana.

sufrido el Ejército de su Majestad. Los revolucionarios mahdistas gobernaron Sudán hasta 1898, año en que Lord Kitchener les zurró la badana y convirtió Sudán en una colonia británica. Jartum no nos ofrece mucho. Es sólo una encrucijada, un lugar de paso en nuestra ruta, pero aquí debemos proveernos de los visados etíopes para llegar al Lago Tana, de modo que pasamos un par de días en el camping National Camp Resort. El precio es barato: 5 libras por persona. El único problema es encontrar un hueco decente para acampar que esté el mayor tiempo posible a la sombra, algo realmente difícil en Sudán. Cuando por fin tenemos erigido el campamento en el jardincito más verde de todos, se acerca uno de los tipos que haraganeaba en la oficina cuando llegamos. Dice que no podemos

acampar aquí, que estamos enfrente de la mezquita, que los viajeros blancos se quedan más allá, al final del todo, donde el furioso sol hace justicia con todos sus pecados occidentales. Sospecho que algún integrista ha ido a quejarse a la administración al ver nuestro tinglado. Me niego a moverme. Decido usar la misma táctica que utilizan ellos para resolver cualquier problema u objeción. —OK —digo sonriendo—. Tomorrow. O sea, mañana. —Tomorrow in the morning?— pregunta el censor. Asiento dándole una palmada en el hombro. Mañana por la mañana nos moveremos, prometo. Y si mañana no lo hemos hecho, no te preocupes, que entonces te diré otra vez que nos iremos mañana. En África siempre hay un mañana al que recurrir. ●